

hoy escribe

Miguel Cancio (\*)

zelatan

# La fiscalización de la cultura

R. Gómez de la Serna: «Una de las cosas que más nos llegan al alma es eso del erario público».

En Santiago de Compostela, sino lo remediamos, está a punto de cometerse una monstruosidad. Es un problema que trasciende con mucho el ámbito de Santiago y Galicia, y que se inscribe en el modo y la manera de cómo actualmente se concibe en España la cultura y se desarrolla la política cultural.

El Palacio de Bendaña está situado en la Plaza do Toural, en el corazón del casco antiguo, de la zona monumental de Santiago de Compostela.

En el Palacio de Bendaña (que tiene múltiples salones y locales) y en la Plaza do Toural se celebran durante todo el año un gran número de actividades culturales y populares promovidas por múltiples colectivos y agentes sociales de todas las edades, procedencias, culturas y sensibilidades.

El actual alcalde del PSOE, Xerardo Estevez, que tiene mayoría absoluta en la Corporación compostelana, ofreció durante la campaña electoral de las elecciones municipales —y figura por escrito en su programa electoral— adquirir para el Ayuntamiento el Palacio de Bendaña y convertirlo en centro cultural.

Sin embargo, una vez que consiguió la Alcaldía ha sido incapaz de buscar los 300 millones de pesetas necesarios para materializar dicha adquisición.

El Ayuntamiento de Santiago, la Diputación de La Coruña, la Xunta de Galicia y otras instituciones públicas como la Universidad, en nombre de la comunidad autónoma, del pueblo al que tanto nombran, no sólo no han sido capaces de conseguir esos 300 millones de pesetas, de defender el patrimonio cultural y artístico de todos los gallegos, sus señas de identidad, un espacio histórico donde se genera una cultura viva y popular, sino que además tienen la desvergüenza, la cara dura, de dejárselo arrebatar, delante de sus narices y en la mismísima capital de Galicia, por un órgano de la Administración central, ¡y qué órgano: Hacienda!

La ocupación del Palacio de Bendaña por Hacienda cortará de raíz el fermento cultural y popular al provocar en la Plaza y alrededores un ambiente burocrático irrespirable. ¡A ver quién va a ser el guapo que tiene humor y ganas de bailar, festejar, escuchar apaciblemente la banda de música, hacer poesía... con Hacienda de fiscal aterrador, con Hacienda de cuerpo presente.

El impacto simbólico de esta ocupación es incuestionable: la burocracia (fiscal, etc.) —y los burócratas— todo lo pueden. No hay lugar que no sea pasto de los burócratas, de sus tenazas y ojos fiscalizadores. Se trata así de acojonar al ciudadano de a pie, especialmente al más desguarnecido económica, cultural y socialmente, para lo que no se paran en bandas, para lo que no dudan en sacrificar públicamente, para mofa y escarnio, a la Farona, o en convertir un espacio vivo y creador, como Bendaña, en un negocio burocrático y recaudador, símbolo del Estado fiscalizador, gris y tecnocrático, guardián del capital y de sus atributos. ¡Menudo fraude!

Poco importa que la educación, sanidad, transporte, vivienda, administración, universidad, pensiones, infraestructura y servicios, asistencia social... públicos estén muy deteriorados; el pueblo debe ser controlado, integrado, regulado, fiscalizado, domesticado, sujetado por el Estado mediante la estrategia del palo y la zanahoria, la política de pan, circo, movida, postmodernidad, juego e impuestos. Don Felipe González acaba de repetir, a propósito de los numerosos conflictos sociales que se manifiestan en toda España, antes de marcharse para Filipinas y Singapur: «Ha llegado la hora de repartir». Efectivamente, quien parte y reparte se lleva la mejor parte. El Estado, en defensa del capital (acaso no dijo el señor Toledo, dirigente máximo del Banco Bilbao-Vizcaya, que el PSOE con el señor González hace una política económica muy positiva para sus intereses que no podría hacerla la derecha, pues con el PSOE los obreros, los trabajadores tragan, aguantan mucho más), de las clases dominantes, de sus agentes y representantes es un defraudador de los sectores populares a los que despoja de los medios e instancias para promover y hacer posible una cultura emancipadora.

El Estado encubre este fraude, legitima este despojo, al darles a las clases populares unas migajas que se presentan como grandes conquistas y transformaciones, al promover, tecnocráticamente, por arriba desde los despachos de marketing e imagen, una cultura dirigida, amaestrada, aséptica, consistente en que unos cuantos señores políticos (que además contratan varios asesores) encargan a otros cuantos señores gestores o promotores de espectáculos, que monten el gran tinglado de la «cultura lúdica», la «fiesta lúdica», la «ecología lúdica», la «mariscada lúdica»... todo muy «lúdico, lúdico, lúdico» y, por qué no, como Gurruchaga, «sumamente corrosivo, positivamente provocativo y hasta, dentro de

un orden (que todo siga bajo control electoral, político, económico, ideológico, televisivo-comunicacional), irreverente y respetuosamente sacrilego y contra-cultural», mientras la «información seria» queda atada y bien atada.

Cada día que pasa se hace más patente cómo el poder utiliza la cultura como cortina de humo, como pantalla enmascaradora de sus miserias y desvergüenzas, como plataforma de distinción y ostentación, como instancia legitimadora de sus privilegios y prebendas, enjuagues y teje-manejes, de las relaciones sociales de explotación y dominación.

El Estado, bajo las formas complejas de dominación, por medio de una cultura domesticada y tecnocrática, por medio de la violencia simbólica, convierte a los sujetos en objetos de consumo galopante («el mercado es la vanguardia»), en carne de movida, postmodernidad; en sujetos sujetos, integrados por los intereses de compensación: la movida, las fiestas, cultura y ocio (más que nunca negocio). Se trata de una cultura, de una movida, para no moverse no movilizarse, sino, al contrario, para engancharse al circuito permanente, al circo de la moda, a la «cultura de ferias, fiestas y mercados» auspiciada desde los Gobiernos central y autonómicos, los Ayuntamientos, Diputaciones, con el apoyo decidido de ciertos medios de comunicación, pues esta mercancía entra bien y mueve miles de millones, y también con el apoyo de las grandes empresas que «han descubierto» la bicocha de la cultura a efectos de marketing, beneficios y legitimación.

Para hacer frente a este fraude, a esta sádica agresión burocrática, al atentado ecológico contra un «ecosistema urbano» como Bendaña y la Plaza do Toural, esencial para la práctica de una cultura viva, crítica y activa, nos hemos visto obligados a constituir **CABRA: Coordinadora Antipolución Burocrática Revulsiva Alegre** para impedir la contaminación burocrática y letal que genera el establecimiento de Hacienda en Bendaña y la Plaza do Toural.

Nos hemos echado al monte reivindicando que Bendaña se convierta en un Centro popular y cultural de multiservicios abierto a todos los agentes y colectivos culturales, populares y ciudadanos, para defender una cultura entendida como arte de vivir la vida crítica, apasionada y solidariamente en libertad.

Como decía Victor Hugo, preboste del movimiento cabrano: «Todas nuestras pasiones reflejan las estrellas». Pues bien: «Las estrellas están con CABRA, los intereses y la burocracia con ellos».

(\*) Profesor de Sociología de la Universidad de Santiago.

## Lotsa eta amorrua

Frantseser esaten den bezala, «coup sur coup».

Zeren eta, oraindik ere Jaurilaritzaren inguruko puntuzkoen soldatak %40 emendatuko direla jakin berria guretzat: oraindik ere, krisialdi batean burukide autonomikoek hilero miloi erdi bana (are miloi oso bana ere, goiko postuetan) kobratzen dutela irentsi ezin nean ari ginelarik; horra hor atzoko herria: Eusko Jaurilaritzan bi urtez goiti egon direnek oro, hil arte kobratuko baitute, besteak beste, miloi erdiutsu bana !! eta jakina, soldata hori —urtero birbalioztatuko delarik!!

Erabaki demokratiko honek 145 bat burukideren etorkizunak hornituko ditu!!

Hots, egun berean, Euskalduna eta Naval-eko 1.568 langileren kontratuen hausketa jakin ezazu prentsa-bulegoek.

Eta, zinez, ikuskari hau gehiegizkoa da.

García Damborenea eta Alfonso Guerraren partidutik erabaki sozialista sendorik ez genuen espero. Baina hau guztia nola uier?

PNVak, jakina, ontzat ematen espektakulo nekagarria. Ez da harritzekoa. Behin eta berri erakutsia du norkein dagoen eta noren kontra jokatu nahi duen.

EAren inguruan omen dauden batzuk ez dute beren irizpidea izkatutzen: «El Señor Retolaza ha declarado con acierto que si el gobernador no pudiera con sus solas fuerzas arreglar el desorden del puente de Deusto y del vecino astillero Euskalduna, el Departamento de Interior Vasco verá de echarle una mano... Será preciso vigilar quiénes son los alborotadores y encerrarlos» (sic).

«Encerrar a los alborotadores», y pasar a cobrar el retiro vitalicio de medio millón mensual por las taquillas del «Lanargi».

Lotsa senditzen dugu. Lotsa, higuina, eta herria. «Euzkadi» edo «Comunidad Autónoma», edo dena—delako honekin guk ezertxo ere ikusi behar dugula aste dutenak, oker daude erabat. Lotsa eta gauda osotara. Eta argi eta garbi adierazi nahi diegu Euskalduna—ko zoritzarrekoek, berekin gaudela bihotzez: eta gure herriaren gidaritzan nagusitu den multzo horrekin ez dugula ezzer nahi.

Gure helburua lan egiten duen herriaren eskubideak defenditzea baita; eta ez oportunitas saldu mordo baten poltronak «ad vitam» segurtatzea.

TXILLARDEGI

## hemeroteca

### Nadie llama a la puerta

J. A. Martín pallín, presidente de la Asociación Pro Derechos Humanos, «El Independiente»  
Una cita atribuida a Winston Churchill, quizá por ajustarse al carácter escéptico que define su personalidad, considera la democracia como aquel sistema político en que un ciudadano que siente llamar a su puerta: las seis de la mañana piensa inmediatamente que es el lechero.

A pesar de tan ingeniosa síntesis de pensamiento, estimo que la confirmación real y profunda de todos los valores que encierra un sistema democrático se produce cuando el que llama a la puerta es un policía que exhibe un mandamiento judicial con todo: los requisitos legales, que hace conocer y respeta todos los derechos constitucionales del sospechoso y que lo pone a disposición judicial en el plazo legalmente marcado.

Los lecheros ya no llaman a la puerta y parece que los policías tampoco. Los sucesos recientes de la localidad de Leganés, los peñados masivos de amplias zonas urbanas y algún otro caso menos conocido por la opinión pública, merecen un reflexivo análisis para comprender las claves de situación que explican estos comportamientos.

Los ciudadanos, sometidos a esta doble tensión, se sienten compelidos a alinearse en dos bandos considerados irreconciliables. (...)

Las tesis dominantes en los sectores oficiales pretenden convencer al ciudadano de que el derecho fundamental a la inviolabilidad del domicilio puede llegar a ser un contravalor constitucional y resultar insolidario.

### Compañías vascas en Cataluña

(Vicente Copa, «El Diario Vasco», 4-6-88)

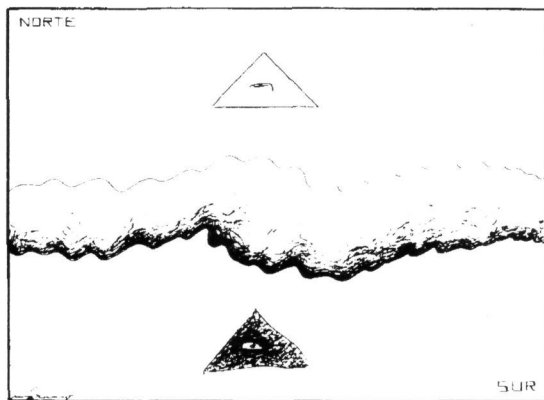
Las elecciones al Parlamento Eu-

ropeo están a la vuelta de la esquina. Los apoyos electorales del PNV y de EA a CiU y ERC quizás son susceptibles de adelantarse por donde irán las preferencias coalicionistas de unos y otros. El PNV está diseñando una política de contactos con determinadas formaciones además de CiU —con los canarios independientes— para que esta vez no se le escape la posibilidad de estar en la cámara europea, y EA tendrá que hacer un muy serio esfuerzo por repetir escaso en el viejo continente.

Pero junto a todo esto, las elecciones de Cataluña han demostrado palmariamente que los nacionalismos periféricos que son en España sólo tienen opción a constituirse en alternativas de poder desde la moderación y la integración en sus mensajes y en su práctica política. Aquí el nacionalismo vasco pudo ser esa gran opción centrista. No lo fue por su dogmatismo en los años de la hegemonía, por su exclusivismo en el entendimiento

de lo vasco y por la ausencia de modernidad de muchos de sus mensajes. Todo esto le llevó a la ruptura interna y a la pérdida del poder

para compartirlo con el socialismo. Un socialismo que difícilmente dejará perder su oportunidad histórica de la que ahora dispone.



«El País»